

2-25-444  
6-27  
FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

---

31

EL SANTO CRISTO  
DE LAS AZUCENAS.

(TRADICION GRANADINA.)

Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malo-  
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

BÚRGOS: 1881.

IMPRESA DE D. TIMOTEO ARNAIZ, plaza de Prim, núm. 17.

BIBLIOTECA HOSPITAL  
GRANADA

Sala: C

Estante: 002

Número: 007 (1)



0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16

B. 27607

# EL SANTO CRISTO

## DE LAS AZUCENAS.

TRADICION GRANADINA

POR

D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA,

con una carta crítica

DE

D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malo  
grado poeta

PALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

BÚRGOS: 1881.

IMPRESA DE D. TIMOTEO ARNAIZ, plaza de Prim, núm. 17.



C  
105  
88(34)

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Número:

007(31)



(L'ARAGON GRANADA)

GRANADA, 1881

GRANADA, 1881

B. 27607

# EL SANTO CRISTO

## DE LAS AZUCENAS.

TRADICION GRANADINA

POR

D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA,

con una carta crítica

DE

D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malo  
grado poeta

PALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

BÚRGOS: 1881.

IMPRESA DE D. TIMOTEO ARNAIZ, plaza de Prim, núm. 17.



A mi querido amigo el eminente poeta  
D. Baltasar M. Duran  
homenaje de

el autor  
DE LAS AZUCENAS.



D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

D. ANTONIO LOPEZ MEÑOR

BURGOS: 1881.

Instituto de D. Tomás Anselmo, Imprenta, núm. 17.

Si. D. Francisco J. Juncos Campaña.

Granada y Enero 1881.

El Sr. D. Francisco J. Juncos Campaña es un letrado en  
Mi muy querido amigo: Por una equivocacion que  
no se explica en V. sino por obra y gracia del cariño  
que me tiene y á que yo de todas veras correspondo,  
juzga V. que puedo darle alguna luz en materias lite-  
rarias, y me honra con la lectura de sus trabajos poé-  
ticos y con la demanda de mi opinion acerca de ellos.  
Esto, que me complace sobremañera porque, segun  
he dicho, me da la medida de su aprecio, me apeña al  
propio tiempo, porque V., modesto como cumple á su  
talento y deferente como cumple á su bondad, hace  
caso de mis impresiones y advertencias, que si llevan  
la garantia de mi buena voluntad, no pueden en modo  
alguno llevar la del acierto.

Pero en esta ocasion, amigo D. Francisco, me pone  
V. en más grave apretura pidiendo que formule mi  
juicio públicamente, para que él sirva de introducción  
á la presente leyenda; y yo, que no puedo resistir á la  
tentacion de cumplir su deseo, accedo á él, aunque  
no haga mas que reproducir la graciosa anecdota de  
aquel que instado por un amigo suyo para que hiciera  
su presentación solemne en casa de unos altos se-  
ñores, la hizo en efecto con las formalidades de orde-  
nanza; y habiéndole aquellos preguntado al terminarla,  
quién hacia la suya propia, contestó que nadie, porque

él se retiraba de la casa. Pues yo, mi señor D. Francisco, haré una presentación de V. y de su obra al público; que es un señor muy encopetado y tieso, y si alguien me dirige la pregunta del cuento, contestaré escurriendo el bulto, y ante la opinion quedará V. sin que nadie seguramente extrañe su procedencia, si atiende á sus muchos y relevantes méritos.

El *Santo Cristo de las Azucenas* es una leyenda en la eleccion de cuyo asunto no ha sido V. en mi sentir muy afortunado. Sin ser mi intencion poner mano airada en el sagrado de la creencia, ni mi opinion contraria á la poesia religiosa, sino muy respetuosa la primera para con los misterios de la fé, cuya virtud no me es extraña, y muy favorable la segunda al género expresado, fuente de grandes inspiraciones, no acepto de buen grado esas creaciones poéticas en las cuales ni se canta un hecho puramente humano, que por serlo interese y conmueva, si es cierta la sabida frase del poeta latino, ni tampoco se remonta el vuelo á las grandezas divinas para encender la inspiracion en los resplandores de lo absoluto y purificar con sus reflejos el alma creyente. Inspira al poeta el fervor religioso y canta como Herrera, Fray Luis de Leon, Santa Teresa de Jesus ó Alberto Lista; quiere expresar los bellos sentimientos humanos que rebosan en su espíritu, y crea como Rioja, Garcilaso, Quintana ó Espronceda. Y V., mi querido amigo, que tiene gran talento poético y que por lo mismo se halla V. obligado á rendir estrecha cuenta del empleo que le da y de los servicios que con él presta al mejoramiento de la cultura y de las costumbres humanas, porque la poesia es un verdadero elemento de vida social que, bajo

la forma y el incentivo del recreo, lleva la savia del bien, es preciso de todo punto que tome empeños más definidos, no encerrando sus alientos en el molde del símbolo ó del prodigio para resolver conflictos humanos, sino tocando resortes que sean humanos también.

Se concibe que el poeta, arrobado por la idea de lo sobrenatural, le consagre un himno; pero no que plante una acción interesante para desenlazarla, ó por mejor decir, para cortarla con un hecho milagroso; porque lo inesperado, lo imprevisto, lo que está fuera del orden natural de las cosas, no es término lógico de un proceso dramático, siquiera tenga esta forma narrativa, ni por lo mismo interesa ni constituye un modelo de conducta, toda vez que escapa á la prevision y á la iniciativa de la actividad libre del hombre. V. me dirá que se atiene en esto á la tradicion y que por tanto no es de V. sino de la fantasia popular ese desenlace; verdad es; pero yo no acuso á V. por el desenlace, sino por la eleccion del asunto.

Mas aparte del pensamiento y admitido ya con todas sus dificultades, en vencerlas ha dado V. una prueba cumplida de sus brillantes aptitudes. El plan es sóbrio, vigoroso y fácil; la estructura gallarda, y la expresion correcta y espléndida. El canto titulado «El Mendigo» tiene un gran relieve dramático; «La tentacion» es una balada tierna y conmovedora, y en toda la leyenda se ven, siendo este su carácter predominante y su mérito principal, rasgos descriptivos que no cederian en propiedad y animacion al lienzo más acabado.

Verdad es que se notan en la composicion algun que otro descuido, algun que otro verso flojo, defectos

ménos disculpables en el romance que en ninguna otra clase de metro, por lo mismo que la rima imperfecta dá más holgura al poeta; pero acaso si pusiera V. en práctica el *sepe stilum veritas* de Horacio, quitaría V. á su obra la espontaneidad y la soltura con que está concebida y hecha; y sobre todo ¿qué pueden valer tales incorrecciones ante los trozos tan bellos en que abunda la leyenda? ¿Cómo puede describirse con más delicadeza el alma de Doña Luz retratada en sus ojos que con estos cuatro versos del primer canto?

*Sus ojos de fuego intenso  
no alientan los desacatos  
ni desdeñan, si cautivan,  
ni se vengan desdeñados.*

¿Qué pincel mostraría la figura de Doña Luz, cuando esta se resuelve á salir con ánimo de depositar en las aras la azucena símbolo de su amor, con más fidelidad que la que muestra su pluma de V. en estas frases:

Y esto Doña Luz diciendo  
cortó la azucena cándida;  
y el rostro de ángel velando  
con tocas negras y amplias,  
con Doña Guiomar su dueña  
salió, donosa tapada,  
con lágrimas en los ojos

Todo el principio del canto tercero es una descripción primorosa, y en muchos trozos más, siente el lector el arrobamiento estético ante la riqueza de imágen y de forma que en ellos se despliega. Esta sola quintilla de la carta que Doña Luz dirige á Avendaño

bastaria para denunciar en V. la existencia del verdadero nùmen poético, si ya no lo hubiera V. acreditado en multitud de obras con aplauso.

Quiero darte el corazon,  
si llego á ser tu velada,  
puro, sin que la ilusion  
recuerde con afliccion  
ni una caricia vedada.

Aqui tiene V., mi querido D. Francisco, mi juicio acerca de esta leyenda, expuesto con todo el desaliño y franqueza que inspira la confianza de nuestra amistad. No quiero expresar con la misma ingenuidad el que tengo formado del autor, porque su modestia de V. se enojaria de escucharlo públicamente.

De V. siempre apasionado amigo y S. S. q. s. m. b.

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Batalhas.

Muy mal hablado de amores

Auda D. Pedro A vendado,

Perdido á los de amores

Y por Doña Luz hallado.

Que es Doña Luz una dama

Tan hermosa como un astro,

Tan pura como la nieve

Que cubre los montes altos.

Sus ojos de fuego piensan

No ahuyentar los descantos,

Ni desheñan, si cantan,

Ni se vengan desheñados.

bastaría para denunciar en V. la existencia del ver-  
dadero número poético, si ya no lo hubiera V. escrito.

## EL SANTO CRISTO DE LAS AZUCENAS.

TRADICION GRANADINA

POR D. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

Donado á la Biblioteca

Universitaria de Granada,

en memoria del malo

grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DURAN

### Batallas.

Muy mal herido de amores  
 Anda D. Pedro Avendaño,  
 Perdido á los devaneos  
 Y por Doña Luz hallado.  
 Que es Doña Luz una dama  
 Tan hermosa como un astro,  
 Tan pura como la nieve  
 Que cubre los montes altos.  
 Sus ojos de fuego intenso  
 No alientan los desacatos,  
 Ni desdeñan, si cautivan,  
 Ni se vengan desdeñados.

Las auras de primavera  
Veinte veces deshojaron  
Sobre sus rizadas trenzas  
Las rosas del mes de Mayo.

Con un amor exclusivo,  
Único, sencillo, casto,  
Con amor que purifica,  
Quiere á D. Pedro Avendaño.

Por ella á los amorios,  
Fiel D. Pedro, dió de mano  
Y contra el vicio rastrero  
Su amor puso por resguardo.

Como quien aguarda un cable  
En la tabla del naufragio,  
Del padre de Doña Luz  
Está la vuelta esperando.

Que mientras D. Gil Valbuena  
En Oran da recios tajos,  
Con su amor y sus pasiones  
Está D. Pedro luchando.

Ya en las noches tenebrosas  
No es su tizona el relámpago,  
Que brilla, estremece y ciega  
Y que mata como el rayo.

Duermen y rezan las dueñas  
Sin miedo á citas, ni raptos,  
Mientras las damas que guardan  
Velan con celos amargos.

Se hacen bravas las patrullas,  
Que ya no temen su brazo  
Y enamoran los donceles  
Sin pesados sobresaltos.

Todo anda en paz, más la guerra,  
A que su amor puso cabo,  
Arde dentro de su pecho  
Sostenida por dos bandos.

De la una parte combaten  
Dos ojos negros y castos,  
Que le miran candorosos,  
Que le riñen siempre mansos;

Y una boca, flor abierta,  
De cuyos púrpúreos labios  
Salen consejos prudentes  
En vez de besos y halagos.

De la otra parte sostienen  
La lucha dulces abrazos,  
Celos que al abismo empujan,  
Protestas, sonrisas, llantos,

Riñas en que dos victorias  
Alcanza su fuerte mano;  
Codicia de otros placeres,  
La sed perenne de Tántalo.

Fiera es la lucha; los vicios  
Sin freno, que el rostro blanden  
Traen de mujer tentadora  
De noble linaje y rango,

Llaman hipócrita imbecil  
Al pudor honesto y cándido  
De Doña Luz, que ni aun osa  
Por verlas alzar los párpados.

De las pasiones bridas  
Sintiendo el fuego Avendaño, on  
Acosado por las flechas  
Con que el vicio hace disparos.

Loco, delirante, ciego,  
La calma encontrar jugando  
Y el remedio á aquellos males,  
Pide á Doña Luz halagos.

Y ella, sintiendo del miedo  
El frio sudor helado,  
Le niega aquellas caricias,  
Consigo misma luchando.

Porque es cristiana y no quiere  
Su cariño hacer bastardo  
De las vedadas delicias  
Arrastrándolo en el fango.

Hosco D. Pedro, la espalda  
Le vuelve desaténtado  
Y en pos de los vicios corre,  
Que abriéndole están los brazos.

Mas luego su amor inmenso  
Por Doña Luz, soberano  
De su corazon, le rinde  
Y á sus piés le vuelve manso.

Así el leon por los hierros  
De una cadena apresado  
Con ímpetu fiero salta,  
Ciego, creyéndose en salvo.

Y corre, oyendo el rugido  
De los tigres y leopardos,  
Hasta que el hierro le avisa  
Que no es libre, sino esclavo.

II

La tentacion.

Afnojada y llorosa  
Y en desmayo la esperanza,  
En la soledad de un huerto  
Doña Luz cuenta sus ansias.

Acabó la noche lóbrega  
Y al campo sonrie el alba;  
Feneció el Invierno y luce  
La Primavera sus galas.

Solo no mueren sus penas,  
Solo su ventura es tarda;  
Porque su padre no vuelve  
Y D. Pedro torvo anda.

Como dichas de la vida  
Renacen las flores gayas,  
Mas sus dulces ilusiones  
Mustias el dolor arrastrá.

Las hondas penas le dejan  
Flacas las fuerzas del alma,  
Y su pasion cobra aliento  
Material y se agiganta.

Como encubiertos espías  
En ciudad circunvalada,  
Otras nuevas ilusiones  
De extrañas cosas le hablan;

Y observan si sus virtudes  
Firmes son como murallas  
Y si el pesar enmohece  
Del noble pudor las armas.

Confuso, incierto, medroso  
Su pensamiento divága  
Y las ideas informes  
Discurren como fantasmas.  
En alas de los deseos  
Plañideras, apenadas  
Cuitas de D. Pedro llegan  
Enterneciendo su alma.

Luego entre la sombra oscura  
De las penas, se destaca  
La hermosa faz de su amado  
Llorosa, anhelante, pálida.

Y va surgiendo, surgiendo  
Del mar de sus negras ansias  
De Avendaño la figura  
De gentileza bizarra.

Amor brilla en sus pupilas,  
Ardientes son sus palabras,  
Los brazos abre y un grito  
Doña Luz del pecho arranca.

Y como el que se despierta  
De pesadilla extremada  
Y, el corazón palpitante,  
Mirando las sombras vaga;

Así llena de zozobra  
En la tentación repara  
Y, libre del riesgo, esquiva  
A aquella sombra la cara.

Nevada como su seno,  
Como su talle gallarda,  
Como su aliento olorosa,  
Como su cariño cándida,

Del viento que la enamora,  
Estremecida, arrullada,  
Una azucena contempla  
Doña Luz que la retrata.

Y en ella la imagen viendo  
De su candorosa alma  
Como en el cristal del río  
Su rostro ven las zagalas;

Iluminados sus ojos  
Por la luz de la esperanza,  
Como á cariñosa amiga  
A la azucena le habla.

—Flor de mis penas testigo  
Y bañada con mis lágrimas,  
Fragante copo de nieve,  
Azucena delicada;

Virgen que á Mayo enloqueces,  
Cáliz, donde se embriaga,  
Riesgo corre tu hermosura  
En mi huerto solitaria.

Ven á esparcir tus perfumes  
Y á ostentar tus ricas galas  
Del Hacedor de este mundo  
Ante la imagen sagrada;

Que así en el cielo los ángeles  
Cantando sus alabanzas  
Llenan los celestes ámbitos  
De las notas de sus arpas.

Ven, porque contigo quiero  
Dejar la flor de mi alma,  
Hasta que mi padre vuelva,  
De un altar sobre las aras.

Dios tendrá allí mi pureza  
De D. Pedro custodiada,  
Como con vallas de arena  
Del mar las iras quebranta.—

Y esto Doña Luz diciendo,  
Cortó la azucena cándida  
Y el rostro de ángel velando  
Con tocas negras y amplias,

Con Doña Guiomar, su dueña,  
Salió, donosa tapada,  
Con lágrimas en los ojos  
É incertidumbre en el alma.

III.

Dudas.

Iba la noche tendiendo  
Su manto de pardas nieblas  
Sobre la luz del crepúsculo  
Que ya moribunda tiembla,  
Y un apuesto caballero,  
Que calza dorada espuela,  
Del alto Albaicín cruzaba  
Las enredadas callejas.

Su estoque de guádamano  
Miran los bravos, las dueñas  
Su semblante, y su apostura  
Las temerosas doncellas.  
Y su figura bizarra  
Al perderse en las revueltas  
Dulces miradas y envidias  
Y maldiciones se lleva.

Mas él no escucha el mormullo  
Que levanta su presencia  
Y sigue su marcha, impávido  
Como una estatua de piedra.

Y cuando la tarde espira  
Y las sombras se condensan,  
Ante una casa moruna  
Párase, silva y espera.

La casa de *Daralbayda*  
Lleva esta morada regia,  
Por nombre, si son verídicas  
Las tradiciones añejas.

Y apesar de sus techumbres  
Ensambladas, sus cenefas  
Y sus doradas paredes  
De hojas y nexos cubiertas,

Su gracioso alicatado,  
Sus motes de árabes létras  
Y sus ricos ajimeces,  
Un cristiano vive en ella.

Cristiano noble, que puso,  
Como de victoria en muéstra  
Sobre las puertas de nácar  
Sus armas y sus empresas.

Cristiano que aquel haren  
Tornólo quasi en iglesia,  
La cruz sagrada de Cristo  
Levantando por doquiera.

Y que trocó el alboroto  
De las zambras deshonestas  
Por las ardientes plegarias,  
Que su hija á Dios eleva.

Porque es noble y es cristiano  
Añejo D. Gil Valbuena  
Y si en el noble recinto  
De esta asiática vivienda  
Es Doña Luz la que mora,  
Avendaño es quien la espera.  
Los pasos acelerados,  
Las puertas que abren ó cierran,  
Algún pájaro que busca  
De aquellos muros las grietas,

El viento que gime vago,  
Todo en su pecho resuena  
Con la voz de la esperanza,  
Al alma poniendo alerta.

Más en vano; nadie asoma  
Por aquella oscura reja  
A hacer día de su noche,  
Y D. Pedro se impacienta.

Nueva esperanza en su pecho  
El amor inmenso crea  
Y en la marcha de la luna  
Pone el término á sus penas.

Mas la luna por el cielo  
Camina plácida y lenta,  
Se esconde entre pardas nubes  
Y deja en sombras la tierra.

Torna á aparecer de nuevo,  
Blancos celajes ahuyenta,  
Pero Doña Luz no viene  
Y el galan se desespera.

En el mar de sus amores  
Esta ciega calma eterna

BE ECA  
BIBLIOTECARIA  
CANADA

Pone miedo en su alma altiva  
Y negras dudas le asedian.  
¡Si matando su esperanza  
Y desdenando sus penas  
Doña Luz habrá escogido  
La soledad de una celda!  
¡Si el aparente desvío  
Que algunas veces la muestra  
Habrá engendrado en su pecho  
La glacial indiferencia!  
¡O si un mal fiero, atrevido  
Más que su pasión extrema  
Habrá tocado su frente  
Y en el lecho estará enferma!  
¡O si la muerte impasible  
En su vida habrá hecho presa  
Y mientras él duda loco  
Ella en el cielo le espera!  
Mas una sombra indecisa  
Se acerca muda á la reja,  
Ya el sol disipa sus dudas;  
¡Fuera el pesar! ¡Es ella!  
—Aurora de mi ventura,  
De mis ojos hechicera,  
Dulce imán del alma mía,  
Cielo de dichas supremas,  
En la noche de mis duelos  
Ven, hermosa, y alborea,  
Dame á beber los hechizos  
De tus miradas serenas.  
En las borrascas del alma  
Norte mio, no te pierdas,

Ángel de este paraiso  
Abre ó guarda tú sus puertas. —

Del fiero volcan hirviente,  
Que en sus entrañas se encierra,  
Roto el cráter por el fuego,  
Así D. Pedro se expresa,

Mientras vehemente aprisiona  
Entre las suyas de atleta  
Blanca mano que un billete  
Perfumado le presenta.

—Soltad, soltad, atrevido  
Y cuidad que soy doncella—  
Con voz chillona y cascada  
Dijo la dama encubierta.

Y dejando aquella mano  
Como quien vivoras suelta,  
Furioso bramó D. Pedro:  
—¡Ira de Dios! Es la dueña.

IV.

**El mendigo.**

Apretando entre sus dedos  
El billete misterioso  
Y hundiendo el rostro iracundo  
De la capa en el embozo,

Como quien se siente herido  
Y busca remedio pronto  
Alejóse de la reja  
De ver la carta ganoso.

Y cruzando de las calles  
Aquel laberinto lóbrego

De improviso el tibio rayo  
De una luz le hirió en el rostro.

Era la luz de una lámpara,  
Que de una ermita en el fondo  
Ardía, y su llama ténue  
Medio alumbraba el contorno.

Quedóse D. Pedro inmóvil,  
En la luz fijos los ojos,  
Con una idea luchando  
O atrevido ó receloso.

Por fin llegóse á la puerta  
De la ermita, miró y solo  
Vió á la entrada murmurando  
Á un viejo menesteroso.

Entróse, fijó en el suelo;  
Ante un Cristo muy devoto,  
La rodilla, y á la luz  
Esta carta leyó ansioso:

«D. Pedro, creo en tu amor,  
Mas tengo á tus ansias miedo,  
Y á escudar voy mi pudor  
En lucha con el dolor,  
Ya que contra ti no puedo.

«Hasta que torne de Oran  
Mi padre, la reja sola  
Tus ojos encontrarán,  
Mientras, mi amoroso afán  
Por nuestra dicha se inmola.  
Quiero darte el corazón  
Si llego á ser tu velada,  
Puro, sin que la ilusión  
Recuerde con aflicción

Ni una caricia vedada.

Con una blanca azucena  
Mi pudor puse en resguardo  
Ante el Dios que el mal enfrena,  
Mas sé que no he de ser buena,  
Si yo también no me guardo.

En vano de tu hidalguía  
El noble respeto invocó,  
—Que estás loco—es tu manía,  
Loco estás y no se fia  
Mi honor de hablar con un loco.

Que en luengas noches agravios  
Intentó tu amor vehemente,  
Que trae de otro amor resabios  
Y tus suspirantes labios  
Senti cerca de mi frente.

«Espera, pues; yo te juro  
Que cuando torne de Orán  
Mi padre, soy de seguro  
Tu velada y mi amor puro  
Premiará tu noble afán.

«En tanto, cual la azucena,  
Que puse al pié de la Cruz  
Del Dios que los cielos llena,  
Vivirá á tu vista ágena  
Solo para Dios

Tu Luz.»

—¡Maldición!—rugió D. Pedro  
La carta arrugando torvo;  
Y en este punto el mendigo  
Plañidero y clamoroso  
Con voz apagada y lenta

Suplicaba de este modo:

—Caballero, caballero,

El de la espuela de oro,

El de apuesto continente,

El de más temido arroyo;

Por la Cruz de Jesucristo

Que os mira y os ve devoto

Y la cruz de vuestra espada,

Dad á este pobre socorro. —

Y D. Pedro enfurecido

Al viejo responde foscó:

—Que os ampare Dios, hermano. —

—Que Dios nos ampare á todos, —

Contesta el pobre y D. Pedro

Hácia el Cristo alzó los ojos

Y apaciguóse su ira

Al ver de Jesus el rostro.

La fiebre, que arde en las venas,

De Avendaño, en ritmo insólito

Le agita el pulso y da vida

De aquel Cristo á los contornos.

Jesus muere por los hombres:

La luz que acaba en sus ojos,

Para dar vida se escapa

Al mundo yerto y hediondo.

Signos de muerte cercana

Aparecen en su rostro,

Y da señales de vida

La humanidad en retorno.

Pugna por dejar el alma

Del cuerpo los lazos rotos

Y se rompe la cadena

Con que al hombre ató el demonio.

—¡Señor!—murmuró Don Pedro—

Puro amor y gloria imploro—

Y le responde el mendigo

Plañidero y clamoroso:

—Caballero, caballero,

El de la espuela de oro,

El de apuesto continente,

El de más temido arrojo;

Por la Cruz de Jesucristo

Que os mira y os ve devoto

Y la cruz de vuestra espada

Dad á este pobre socorro.

Y D. Pedro conmovido

Dice al viejo sin enojo:

—Aguardad—y el pobre reza:

—Que Dios nos aguarde á todos.

Miró Avendaño al altar

Y en jarrón artificioso

Que el escudo de Valbuena

Ostenta de azul y oro;

Seca, sin frescor ni aroma,

Perdido el color hermoso,

Vió una azucena, y el alma

Herida, sintió el encono

De los celos que levantan

Mil pensamientos recónditos,

La azucena es una imagen

De un amor caído y roto.

Tal vez Doña Luz le engaña

Y da su cariño á otro

Olas de su pensamiento

Irritado y tenebroso  
En su corazón altivo

Se estrellan con fuerte enojo;

Doña Luz tiene otro amante;

Ya el sol no le alumbra el rostro;

Sus puertas le cierra el cielo;

Su ángel es un demonio;

Virtud le vuelve la espalda

Y los vicios, como lobos,

Que sin pastor ven la grey,

Brincan llenos de alborozo.

Y el pobre viejo mendigo

Que mira á Avendaño loco

Con los ojos chispeantes

Y fiero el semblante fosco,

Sin que el miedo le contenga

Y hablando sin saber cómo,

Repite su cantinela,

Plañidero y clamoroso:

—Caballero, Caballero,

El de la espuela de oro,

El de apuesto continente,

El de mas temido arrojo;

Por la Cruz de Jesucristo

Que os mira y no os vé devoto

Y la Cruz de vuestra espada

Dad á este pobre socorro:—

Y D. Pedro respondiéndole

A un pensamiento recóndito,

Que bulle dentro su alma,

Le dice al menesteroso:

—Si esta azucena recobra

*Su color y aroma propios,  
Vive Dios, que la limosna  
Será un bolsillo de oro.*

Entonces cuenta la fama  
Que reverdeció de pronto  
La azucena y que su aroma  
Se esparció por el contorno.

Y que temblando Avendaño  
Y el viejo mendigo atónito,  
Con el llanto en las mejillas,  
Cambiado el color del rostro,

Y no pudiendo en sus almas  
Contener todo el asombro,  
Pregonando aquel prodigio,  
Gritaban como unos locos.

### Epilogo.

Pobláronse las ventanas  
De desgreñadas cabezas,  
De mil preguntas el aire,  
Que tornaba las respuestas;  
Y sin encender las lucés  
Y vistiéndose de priesa,  
Revueltos dueñas y mozos  
Y aun vergonzosas doncellas,  
Llenaron pronto la calle,  
Y, como avenida inmensa,  
Corrieron hácia la ermita  
Ansiosos de ver la nueva.

Con la vista del prodigio  
Creció viva la sorpresa  
Y á manera de tumulto  
Entre gritos y protestas,  
Desfigurada y confusa  
Cundió la noticia aquella  
Por Granada, de aquel barrio  
Rodando de cuesta en cuesta  
Metidos en los arneses,  
Enristrando lanzas fieras  
Y arrollando ante su paso  
La gente que corre incierta  
Hacia la ermita, cobarde  
Donde se apiña y codea,  
Diez ginetes demandaban  
De aquella algazara cuenta.

—Jesus ha obrado un prodigio—

—¿Con quién? — Con una azucena—

—Con una dama— No es cierto—

—Es cierto que fué por ella—

—¿Cómo se nombra la dama?—

—Diz que es Doña Luz Valbuena—

—¿Doña Luz! ¿Dónde se oculta?—

—En su casa— A la carrera!—

Gritó el que así preguntaba,  
Y sin más

Hundiendo al bruto la espuela  
Y vistiéndose

Y revolviéndolo altivo  
Revolviéndose

En la muchedumbre espesa,  
Y con voz

Cumplieron los escuderos  
Llevaron

Sus órdenes, y en reserva  
Y como

Decia la gente, abriéndose;  
Corrieron

—Es D. Gil que está de vuelta—

—¡Su padre! ¡Dios me lo envía!  
Gritó Avendaño, una brecha  
Abriéndose entre el gentío;  
Y siguiendo al de Valbuena  
Á su palacio, llegóse  
Jadeante á su presencia  
A punto en que el noble padre  
A su hija abraza y besa  
Y diz que alzados los brazos  
Y las rodillas en tierra,  
Pidióle á Luz por esposa,  
Porque el Cielo así lo ordena,  
Y que áun puesta la armadura  
Y calzadas las espuelas  
El buen D. Gil de entregársela  
Dióle solemne promesa.  
Y que en la ermita (1) se hicieron  
Aquellas bodas soberbias  
Y que el pobre fué testigo  
Con lujosa vestimenta.  
Y cuentan que desde entónces  
No dejaron las doncellas  
De ofrecerle cada año  
Al Cristo aquel azucenas.



---

Granada 3 de Enero de 1881.

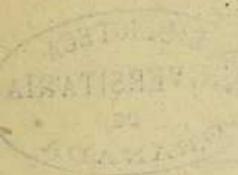
---

(1) En Setiembre de 1811 se derribó esta Capilla á instancias de algunos desnaturalizados, trasladando la imágen. casa de Doña Francisca Herrera, y aún queda á aquella calle el nombre del Santo Cristo de las Azucenas.

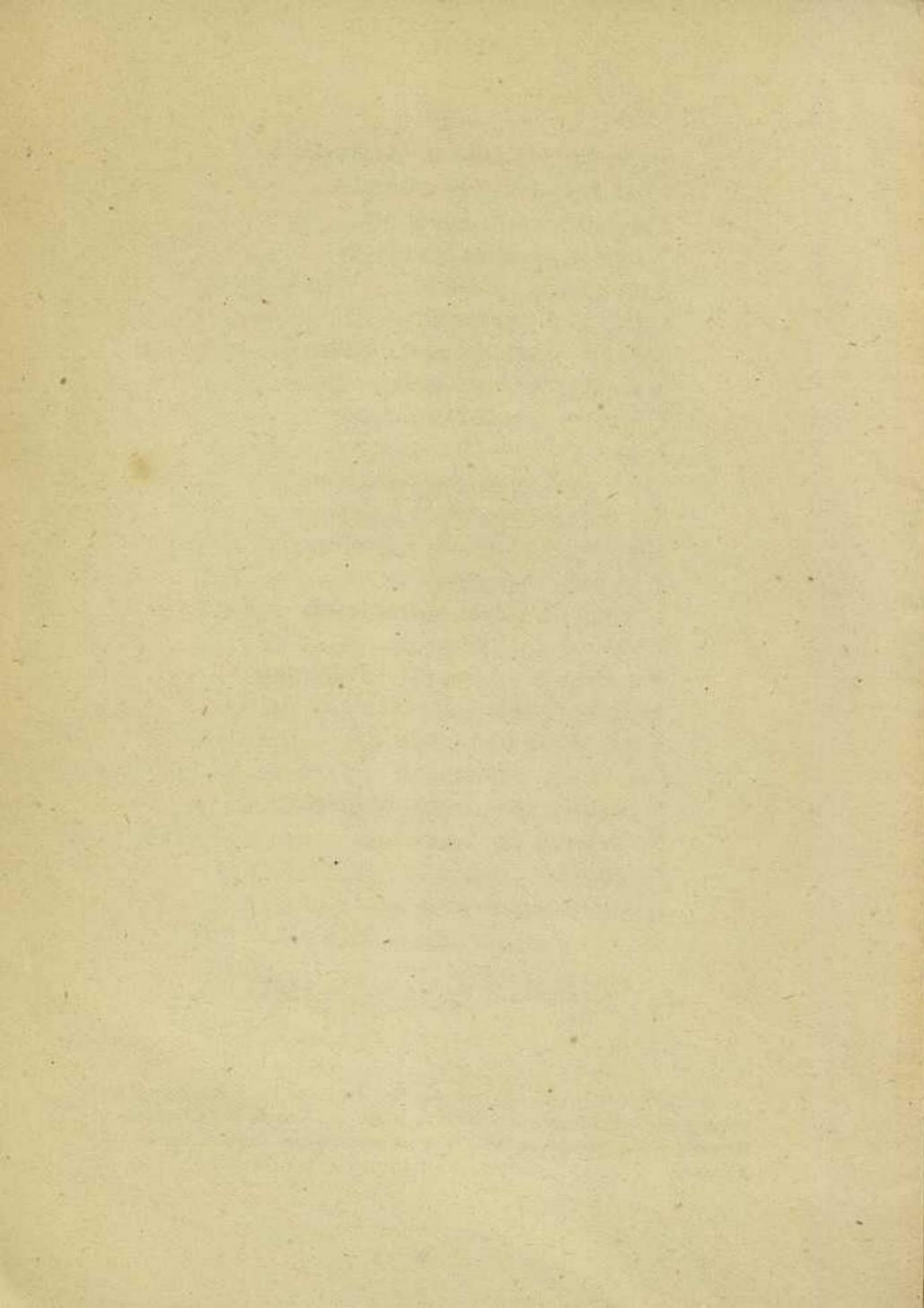
—¡Su padre! Dios me lo envía!  
 Crito Avendano, una precha  
 Aménboso entre el gentío;  
 Y siguiendo al de Valbuena  
 A su palacio, llagoso  
 Ladrante á su presencia  
 A punto en que el noble padre  
 A su hija abraza y besa  
 Y dice que alados los brazos  
 Y las rodillas en tierra,  
 Pídele a Luz por esposa,  
 Porque el Cielo así lo ordena,  
 Y que aún puesta la armadura  
 Y calzadas las espuelas  
 El buen D. Gil de Sotomayor  
 Dile solemnemente  
 Y que en la cénita (1) se hicieron  
 Aquellas bodas sobrias  
 Y que el pobre fue testigo  
 Con lujosa vestimenta,  
 Y cuentan que desde entonces  
 No dejaron las doncellas  
 De ofrecerle cada año  
 Al Cristo aquel excoema.

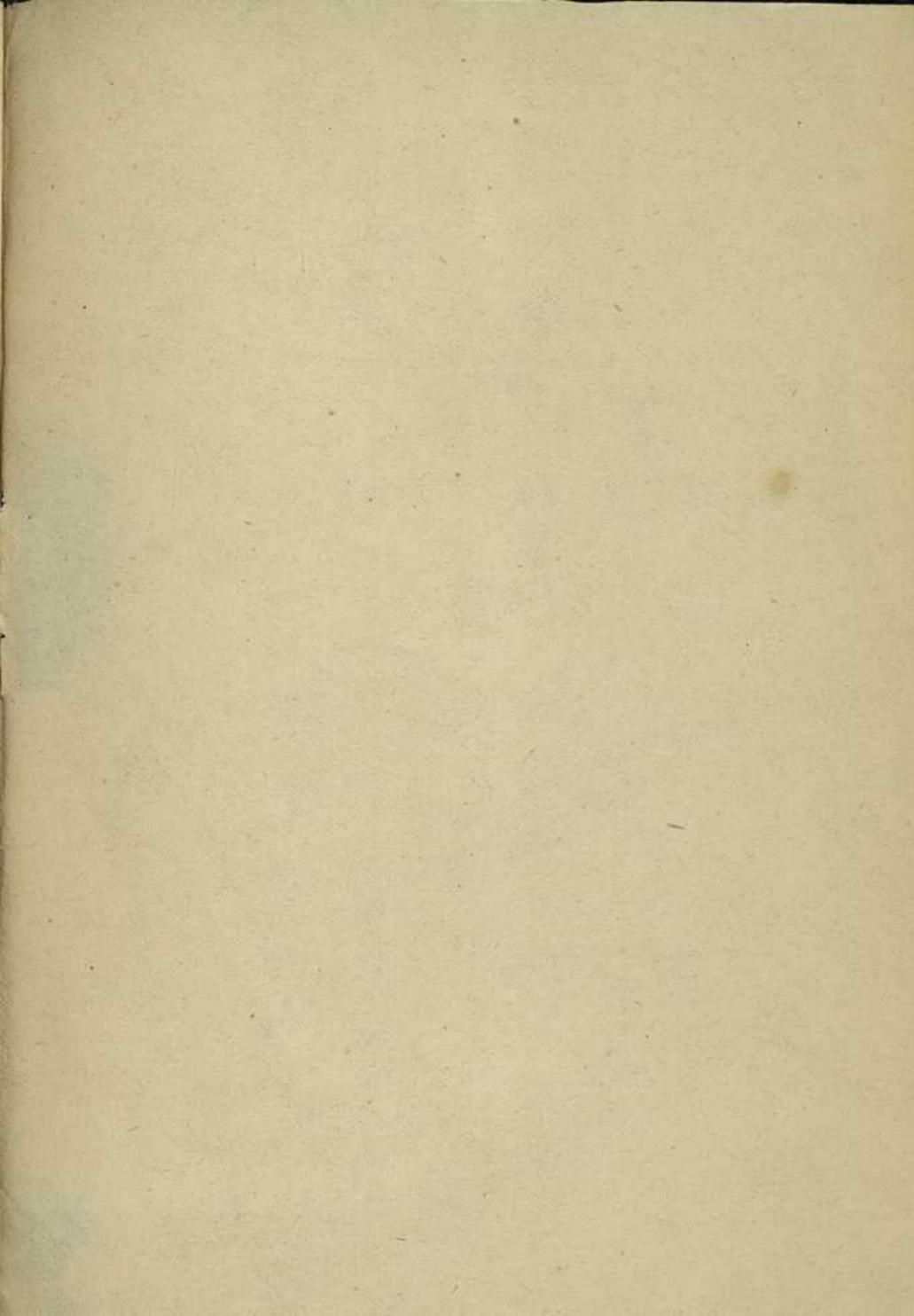
Granada 3 de Enero de 1881.

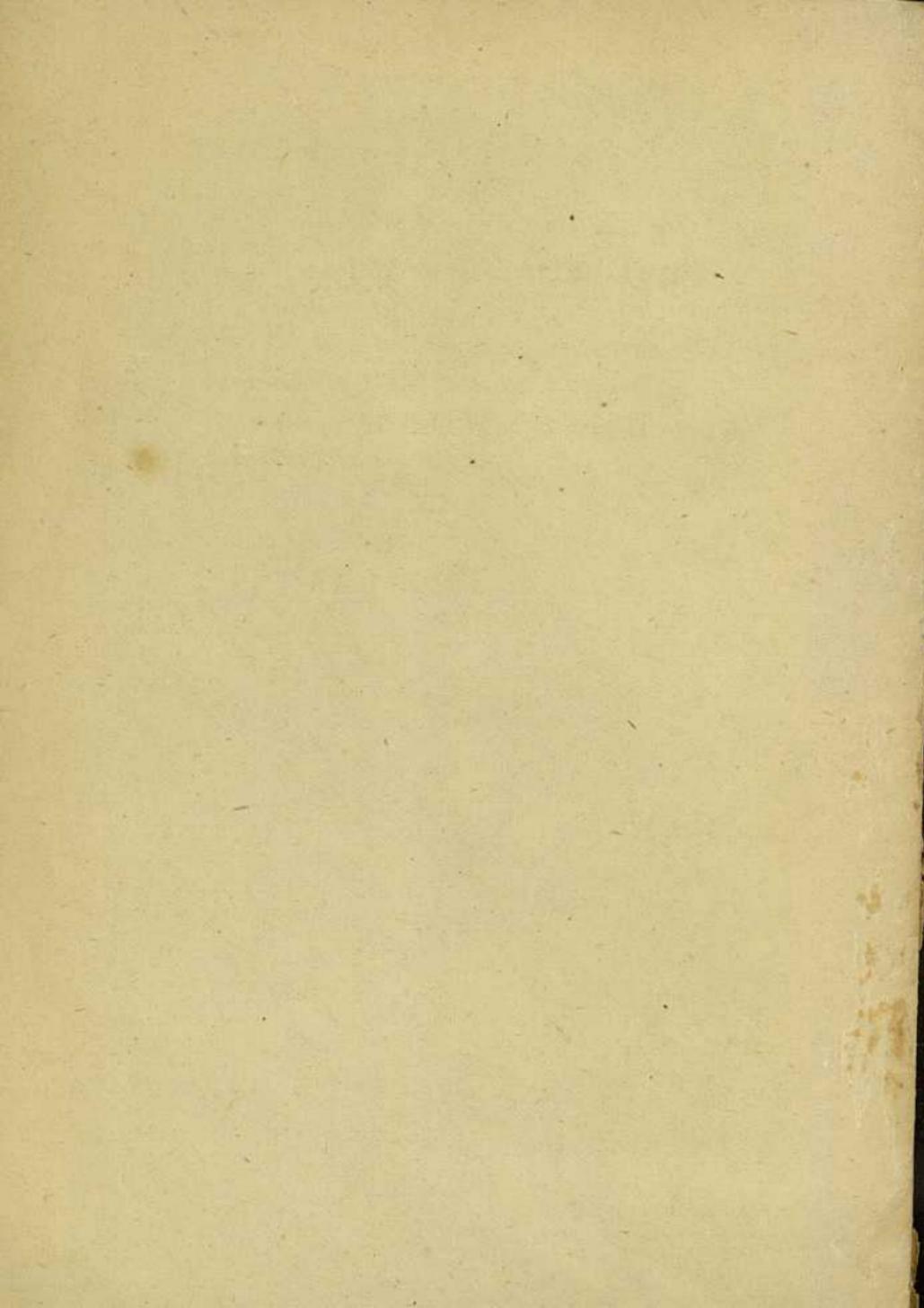
(1) En setiembre de 1811 se describió esta Capilla á instancia de  
 algunos desamortizadores, trasladado al antiguo casa de Doña Francisca  
 Herrera, y aún queda a guisa de capilla con el nombre del santo Cristo de las  
 Américas.











OBRA DEL MISMO AUTOR

Alfonsos, poesías originales y traducciones en verso

las literarias de España

traducción y el libro de los poemas inéditos

esta edición

**OBRAS DEL MISMO AUTOR.**

*El Laud*: poesias originales: vendense en todas las librerias de Granada.

*Malihe y el Rey ciego*: leyendas moriscas : agotada la edicion.